

LA TENTACIÓN

No hay mal absoluto. Una casa dividida contra sí misma, caería; un poder malo, siendo malo en lo absoluto, sería malo para sí mismo y se destruiría. El mal es necesario para suministrar experiencia, y la experiencia conduce al bien último; pero los que emplean el mal para alcanzar buenos resultados, se asocian con el mal y por crear el mal perecerán con él.

Jehoshua había alcanzado en Egipto algunos de los grados inferiores del Adeptado, cuando sus superiores le notificaron volviera á Palestina á fin de enseñar la verdad á sus compatriotas y sacarlos de su estado de degradación y superstición, pues el ocultismo práctico no consiste meramente en llevar una vida de contemplación y de virtud y en atender á su propia cultura espiritual. El hacer esto no sería después de todo más que un estado de egoismo refinado. Es igualmente necesario trabajar exteriormente, es decir, trabajar en provecho de los demás, ayudar á rechazar los poderes de la obscuridad y de la ignorancia, contribuir al ennoblecimiento del género humano y elevarlo á un nivel superior en la escala de la evolución.

Semejante trabajo en provecho de los demás trae consigo su propia recompensa, pues como lo ha dicho muy bien uno de los más grandes pensadores y poetas: (1) «La vida tranquila en la soledad es útil para el desarrollo de los *talentos* personales, pero para fortalecer el *carácter* se necesita la cooperación activa en el combate de la Vida».

Jehoshua había alcanzado un alto grado de ese poder interior de percepción que permite al hombre oír la voz de la divina *Inspiración* hablar dentro del corazón, sin el menor peligro de mala comprensión. Para lograr esto es preciso no solo ser dueño de sus propios deseos malos sino también tener sujetos al dominio del Espíritu los desordenados poderes intelectuales de la mente, de modo que el Intelecto llegue á ser nuestro amigo y siervo y cese de arrogarse el lugar que pertenece á la Sabiduría Divina. El Intelecto es fácilmente afectado por los deseos del yo inferior; pero la Sabiduría es superior á todas las consideraciones egoistas, ella no reconoce pretensiones personales que no concuerdan con la Verdad eterna. El Intelecto es variable y perecedero; la Sabiduría es eterna, invariable é inmortal. El Intelecto puede hacerse inmortal únicamente amalgamándose con la Sabiduría. Si las decisiones de la Sabiduría y las del Intelecto están en armonía las unas con las otras, entonces el Intelecto perecedero se eleva al estado de la divina *Inteligencia* inmortal.

Jehoshua volvió á Palestina. Su objeto era el de convencer á sus compatriotas de que Dios ayuda solo á los que se ayudan á sí mismos, y que todas las circunstancias exteriores son los resultados de condiciones interiores;

(1) Schiller.

que si deseaban desenredarse de su deplorable condición, tenían que llamar en su ayuda al divino poder que existía en ellos mismos, en vez de permanecer indolentes y esperar ayuda exterior del Dios que habían creado dentro de su propia imaginación.

En el tiempo de que vamos hablando, había en Galilea cierto número de personas más adelantadas mentalmente que las demás. Conociáanse bajo el nombre de *Nazarenos* y la mayor parte de ellos vivían al lado oriental del Jordán y en la vecindad del lago *Tiberio*, y *Juan el Bautista* era su profeta. Este hombre que por su origen pertenecía á la casta sacerdotal de los Levitas, era considerado por los Fariseos como renegado de su orden, porque las doctrinas de Juan no concordaban con sus opiniones ortodoxas. Había renunciado su posición sacerdotal en el templo con todos sus emolumentos, y había elegido una vida de pobreza. Vestido de pieles ásperas su noble rostro casi oculto por su cabellera espesa y su larga barba, su apariencia inspiraba temor y su voz era fuerte, resonando en el corazón de los hombres cual el sonido del trueno que repercute en las montañas.

«Arrepentios!» exclamaba, «se acerca el día del juicio. No escuchéis más las seducciones de la vida sensual, más buscad en vosotros mismos la vida divina. No os pido que abandoneis los placeres de la vida y que os volváis misántropos, sino que realicéis que hay algo mucho más elevado que los placeres meramente animales ó las especulaciones erróneas; y si os eleváis á las regiones superiores del pensamiento y aprendéis á conocer vuestra propia naturaleza superior, las cosas sensuales perderán para vosotros sus atractivos y las renunciareis como objetos indignos, de la misma manera que el hombre abandona los juguetes con que solía jugar cuando era niño, y los cua-

les ya no necesita. Os bautizo con el agua de la verdad, dirigiendo vuestros pensamientos hácia lo que es eterno; más el entendimiento, no puedo darlo porque esto ha de venir de la Sabiduría, la cual es superior á la Razón. Primero viene el pensamiento, y después viene aquella *Illuminación* interior por la cual los hombres son bautizados con el *Fuego* del Santo Espíritu de Verdad que desciende sobre los que son puros de corazón, como una blanca paloma desciende del cielo. El hombre puede ser conducido á la verdad por argumentación, pero puede ser salvo solo por el conocimiento. La razón es el profeta, más la Sabiduría es el Redentor. El pensamiento tiene que preceder al saber; pero sin la luz de la Sabiduría divina, el pensamiento es como una voz que pide socorro en el desierto; un intelecto sin amor se pierde fácilmente en los laberintos de las especulaciones y de las opiniones seductoras. Por consiguiente, vosotros que deseáis salvaros, arrepentios de vuestros errores; abandonad vuestro egoísmo que os hace buscar el saber únicamente por los beneficios que de él esperáis derivar; abrid los ojos para ver al verdadero salvador, la luz de la Sabiduría que podeis encontrar debajo de las oscuras nubes de ignorancia que rodean nuestro corazón».

Habiase extendido por todo el país la fama de Juan el Bautista; y aún la personificación del egoísmo, el gran rey *Herodes*, había oído su voz que resonaba como el rugido del león. Gran libertino y enteramente atraído á los placeres sensuales, este hombre no quiso escuchar la voz monitoria de la Razón, pero al mismo tiempo era muy cobarde. Temía que después de todo, fuera verdad lo que decía Juan el Bautista. Hizo lo que hacen hoy en día la mayor parte de los hombres cuando su corazón está en conflicto con sus deseos. Rehusó escuchar á Juan

el Bautista, le hizo arrestar y echar en un calabozo á fin de que no le importunara su voz y así pudiera sin molestias seguir gozando de la hermosa Herodias.

Jehoshua permaneció por algún tiempo con ese profeta del desierto y sus discípulos. Les enseñó algunas de las verdades que había aprendido en Egipto, en los libros de Hermes Trismegisto, llamados en Egipto *Meti*, (1) y sus compañeros escribieron algunos de los fragmentos que él enseñaba, y estos fragmentos fueron después trasmitidos á sus sucesores.

Después de la encarcelación de Juan el Bautista, Jehoshua se retiró por algún tiempo al desierto para dedicarse á la meditación y al exámen de sí mismo. Hay momentos en la vida del hombre en que siente la necesidad de retirarse dentro de sí mismo, y mirar en el interior de su alma. Si logra cerrar la puerta de la cámara de su mente á todos los pensamientos sensuales que se originaren de las influencias exteriores para mantener firmes los pensamientos vagos—«así como una lámpara abrigada contra el viento, no pavesea», á fin de penetrar en las profundidades misteriosas de su ser interior, entónces puede encontrar á la Divinidad dentro de su propia alma.

No se llama esto fantasía. Para el hombre que no ha encontrado su Yo superior, sería inútil que se imaginara haberlo encontrado y se creyera un dios. Semejante presunción produciría inevitablemente su perdición. Si el dios interior se revela al hombre, lo hace de una manera que no deja lugar á duda alguna, pero que se debe experimentar antes de que pueda conocerse, y que por consiguiente no se puede revelar á los que rehusan recibirlo

(1) El Evangelio según Mateo.

Hay en Judea vastas soledades en donde el sol ardiente lanza sus rayos sobre el desierto árido. Nada hay que ver sino rocas desnudas y piedras sueltas que llenan los lechos secos de los torrentes, en los cuales se agrega el agua en la estación de lluvias, pero en que no se encuentra humedad alguna durante el resto del año. Allí no hay vida, con excepción quizá de alguna serpiente que se desliza sobre la arena ó alguna águila que se cierne á grandes alturas vigilando su presa; el aire caliente quema los labios secos del viajero; y por todas partes reina la desolación y la muerte, mientras que arriba se extiende el firmamento, emblema de la Infinitud.

Hay en el alma humana soledades á las cuales el hombre puede retirarse. Hay desiertos en donde nada se ve sino una confusión de opiniones adoptadas y de doctrinas teológicas, y donde la razón busca en vano una gota del agua de la Verdad. Algunas veces se columbran á lo lejos lagos y rios, pero al acercarse á ellos desaparecen y lo que parecía ser verdad resulta ser un mero espejismo, una ilusión. Las cosas que á la luz de la luna de la razón exterior, parecen ser preciosas frutas ó joyas y perlas, cuando se examinan á la luz del sol de la Sabiduría, resultan á menudo ser pura broza. Por encima de nuestras cabezas brilla el sol de la Verdad en el reino infinito mientras que en las sombrías cavernas del alma están en acecho las serpientes de los malos deseos.

A semejante desierto se retiró Jehoshua, y allí volvió á librar la gran batalla consigo mismo. Miró en su alma y allí encontró reflejada la condición del género humano, pues el hombre es parte íntegra de la Humanidad, y á medida que vamos aprendiendo á conocer nuestra propia alma perdemos toda sensación de separatividad y realizamos que somos uno con todo el género humano; es-

tamos en la humanidad y la humanidad está en nosotros. Al mirar Jehoshua en aquel *espejo mágico*—el alma—vió allí reflejadas las imágenes de todas las calamidades producidas por la ignorancia, y en su corazón se despertó el ardiente deseo de salvar la humanidad del error, matar el mónstruo de la obscuridad, destruir de nuevo el becerro de oro de la adulación de sí mismo, y restaurar el culto del Espíritu de Sabiduría, cuyo templo está en el alma. Mientras pensaba en hacerse salvador del género humano, despertóse en su conciencia la sensación del «Yo», y se le aproximó el Tentador en la forma de la *Ambición*, el rey de todos los poderes del mal.

«Poderoso», le susurró el Tentador, «si tú quieres salvar al género humano, *haz que estas piedras se transformen en pan*, da á los hombres la facultad de emplear su Inteligencia para viles propósitos, pues ellos se cuidan poco de las verdades espirituales, á menos que puedan servirse de ellas para algún fin temporal. Sus necesidades materiales les interesan más que las cosas de cuya existencia no saben nada y cuya utilidad ignoran. Los hombres no se preocupan por la verdad, solo ambicionan los beneficios materiales que pueden resultar del conocimiento de ella, vé á mejorar la condición material del género humano. Enseña á los hombres á hacer oro y á ganar fácilmente las comodidades y el lujo. Entonces cuando sus necesidades terrestres queden provistas, encontrarán tiempo para atender á su salvación espiritual. Vé á enseñarles los secretos ocultos de la naturaleza á fin de que puedan matar á sus enemigos y adquirir riquezas. Alimenta á los que tienen hambre y ahórrales la molestia de trabajar, libra á los que son esclavos y demasiado indolentes para ayudarse á si mismos, y serás adorado de todos».

Mas Jehoshua elevándose por encima del plano del egoísmo, rechazó al tentador diciendo: «Las riquezas y las comodidades materiales no son todo lo que necesita el mundo; su condición espiritual es con mucho de mayor importancia que los beneficios temporales que se les dá sin que hagan esfuerzos para obtenerlos. El poder para el bien puede crecer solo por medio de una lucha constante con el mal. Es conveniente que el hombre aprenda á conocer todas las condiciones externas que le rodean, pero toda satisfacción de sus deseos egoistas solo llama á la existencia una legión de otros deseos y remacha con mayor fuerza los eslabones de la cadena con que está atado á la Materia. El «Mal» es un elemento tan necesario en el proceso de la evolución como lo es el «Bien», pues el único camino que á la libertad conduce, pasa por el sufrimiento; solo aquel que ha luchado en la batalla puede salir victorioso».

«Pero», contestó el espíritu malo ¿«cómo convencerás al género humano de que este mundo terrestre es un mundo de ilusiones, y que hay un estado superior de existencia? Si pudieras hacer maravillas y milagros, quizás estuvieran dispuestos á creer. Arrójate del pináculo de Jerusalem; degrádate descendiendo al plano del entendimiento intelectual, y los hombres creerán en tí. Los hombres no aman la verdad divina porque no la conocen; y ántes de que traten de conocerla es preciso hacerles creer que existe. Si puedes hacer plausible su existencia haciendo algunas obras maravillosas, estarán dispuestos entonces á hacer un trato y á cambiar las chucherías terrestres por tesoros celestiales. ¿No brilla la luz perpétuamente en la oscuridad? y crée la oscuridad que la luz existe?»

A esto contestó el Yo Superior de Jehoshua: «La Sabiduría Divina pertenece al reino de la Luz, y no puede bajar á

la comprensión intelectual de los mortales; los que buscan la verdad deben elevarse por sí mismos hasta su comprensión. (1) Los hombres tienen que ascender á la Sabiduría Divina; ella no puede descender á su nivel. Además lo que salvará á la humanidad no será una mera *creencia* en la verdad; es preciso que los hombres tengan sus propios conocimientos. Los que no pueden tener fé sin evidencia exterior, no poseen el conocimiento. Abran ellos los ojos á la percepción de las cosas espirituales y cesen de aferrarse á las creencias adoptadas. Busquen la verdad dentro de sí mismos y no en las opiniones ajenas».

«¿Quieres tú, pues; dijo el demonio de la Personalidad» privar á la pobre Humanidad de las muletas con que anda penosamente? ¿Quieres destruir sus juguetes y despertarla del sueño ligero y tranquilo en el cual encuentra descanso? ¿Sabes cuáles serán las consecuencias de una acción tan temeraria? Los hombres no desean librarse de las creencias ni de las opiniones porque no poseen conocimiento alguno. Odian á la libertad, y prefieren aferrarse á la esclavitud de sus creencias. No quieren ser sus propios amos, sino que han de tener alguno á quien obedecer. Si destruyes su creencia favorita hoy, tendrán otra mañana. ¿Que harían sin un credo? Tienen miedo de pensar por sí mismos; les es preciso tener á algún hombre que piense por ellos. Tú quieres hacerlos libres, pero no lo lograrás. Remacha sus cadenas y serán felices. Dáles un boyero á quien seguir y

(1) Cuando la verdad fué llevada ante el tribunal del intelecto y se le pidió probará intelectualmente sus pretensiones «no le respondió ni siquiera una palabra, de manera que el gobernador (de la mente) se maravillaba mucho». Mateo

estarán contentos. Dáles alguno á quien obedecer. Dáles sobre todo una *Autoridad* en que puedan creer. Mira yo soy el *Demonio de la Personalidad*; mi reino se extiende por todo el mundo. *Prostérnate á mis pies y sacríficame tu dignidad*, entra en mi sér, apela al amor propio de los hombres y serás el gobernador del mundo.»

Al decir esto, el demonio creció en tamaño, y su cuerpo, cual una inmensa nube de oscuridad, pareció extenderse por toda la superficie de la tierra, y Jehoshua vió que los pensamientos y las acciones de la inmensa mayoría de los hombres y de las mujeres en este globo eran dominados por el egoísmo. Era casi imposible encontrar á alguno que amara á la Sabiduría Divina por ella misma, mientras que todos los demás pretendían amarla porque esperaban favores de ella. Amaban á la Verdad tan solo por los beneficios que podrían derivar de su conocimiento aquí ó en la vida futura, y así, no amaban á la Sabiduría Divina, sino solamente sus dones. No pudiendo conocer la Verdad, por no ser atraídos á ella por un amor desinteresado para con la Sabiduría Divina, estaban satisfechos con cualquier cosa, por falsa que fuera, cuya cosa se les diera como verdad, y así adoraban sus propios ídolos. Pero había algunos que amaban la verdad por ella misma, y aparecían como estrellas luminosas en la oscura masa de ignorancia.

Pero al mirar Jehoshua más profundamente en el corazón de los hombres, encontró que éste amor de sí mismo era tan solo una propiedad de la superficie de la cáscara de que se componen los hombres, y que, despues de todo, había en cada corazón humano, un germen del verdadero amor á la verdad. Si se podía desarrollar y traer á la superficie éste germen, y relegar el amor de sí mismo á un *lugar inferior*, entónces *imperaría* el amor

al Bien absoluto y los hombres aprenderían á conocer la Verdad. El amor de sí mismo es inherente á la naturaleza humana, y no se le puede suprimir por completo mientras los hombres vivan en formas corpóreas; pero se puede hacerle aparecer como un asunto de importancia secundaria, mientras que el cumplimiento desinteresado del deber ha de ser de la mayor importancia para todo el mundo.

Así es que la Divinidad de Jehoshua se elevó á la superficie y dijo al Demonio de la Personalidad: «*Retírate detrás de mí, Satanás!*» y á éstas palabras, se encogió el demonio en proporciones diminutas acabando por desaparecer, mientras un torrente de luz penetraba en el alma de Jehoshua. Ahora estaba consciente de que había entrado en un nuevo estado de existencia; verificóse una *Iluminación* interior y vió que su personalidad no era su *Yo* verdadero, sino meramente un instrumento que había creado con el propósito de llevar á cabo una misión en esta Tierra. Había entóces alcanzado una gran victoria sobre su yo ilusorio, y había entrado en el santuario del Templo de la Verdad.



EL SERMÓN EN LA MONTAÑA

La Verdad no enseña nada más que su propia existencia; al Hombre le toca elevarse á aquella altura en la cual puede llegar á comprenderla.

Jehoshua había entónces adquirido la fuerza; había llegado á ser profeta y Adepto. Antes de que se verificara su Iluminación interior no había conocido la firme convicción que en aquel momento poseía. Había percibido el poder del espíritu como un ciego que siente el calor del sol sin poder ver la luz; pero había alcanzado el verdadero conocimiento, había llegado á conocer á su Esposa, la *Sabiduría Divina*, y en sus sermones, cuando arrobado por sus aspiraciones á la Verdad, se elevaba en las regiones del pensamiento divino para abrazarlas, su naturaleza humana perdía la conciencia de la existencia personal y l'imitada; su *Esposa* tomaba forma en él, ya no era el hombre Jehoshua que pronunciaba las palabras divinamente inspiradas, sino que era la Sabiduría Divina misma que hablaba por sus labios. En tales ocasiones todo su sér parecía estar penetrado por la Luz del *Logos*; más aun, quizás haya sido el *Logos* mismo que se manifestaba en él.